Epifanía del Señor

Isaías 60, 1-6; Efesios 3, 2-3a. 5-6; Mateo 2, 1-12

«Vayan a averiguar cuidadosamente qué hay de ese niño y, cuando lo encuentren, avísenme para que yo también vaya a adorarlo»

6 -7 Enero 2024 P. Carlos Padilla Esteban

«El que adora se siente pequeño, limitado, impotente. Me arrodillo ante el Niño recién nacido, ante el Niño Dios con la mirada de los pobres que no tienen ningún derecho»

Navidad es una oportunidad para ver a Dios en mi vida. Para descubrirlo en mi pobreza. Para contentarme con mi vida como es ahora mismo. Decía el Papa Francisco: «*La humildad del Hijo de Dios que viene en nuestra condición humana es para nosotros escuela de adhesión a la realidad. Así como Él elige la pobreza, que no es simplemente ausencia de bienes, sino esencialidad, del mismo modo cada uno de nosotros está llamado a volver a la esencialidad de la propia vida, para deshacerse de lo que es superfluo y que puede volverse un impedimento en el camino de santidad. Y este camino de santidad no se negocia*». Navidad es la sencilla adhesión a la realidad. Me gusta esa mirada. ¡Cuántas veces intento escapar de lo que tengo y vivo! No me gusta como es, no acepto que las cosas no estén saliendo como esperaba y me frustro. No aguanto la realidad y la evito, me escondo, huyo hacia delante cerrando los ojos, atrapado en mis fantasías. No tengo esa conversación que es necesario tener, no asumo que mis capacidades son limitadas, no tomo en cuenta que el futuro no está en mis manos. Para aceptar las cosas como son necesito humildad. Y volver a la esencia, a lo importante en mi vida. Dejo a un lado esos adornos que me hacen sentir en paz, contento, porque disimulan lo que hay, lo que vivo, lo que tengo. ¿Qué es lo esencial de mi vida? Me despojo de lo que sobra, de mis adornos innecesarios, de mis máscaras que ocultan la verdad. Me escondo huyendo de mí mismo en lugar de alegrarme con mi vida como es. Tiene la Navidad mucho de realismo. Miro hacia el momento en el que me encuentro. Observo mis circunstancias. El lugar en el que habito. Paso una mirada por mi familia en este momento presente. No me precipito en el pasado. No me abismo en el futuro. Navidad es ahora, siempre es presente. Y en este momento lo esencial cobra un valor nuevo. Hay algo en mí verdadero, valioso, único. Más allá de todos mis fracasos y pérdidas. Algo que es mío y que sólo yo puedo regalarles a otros. Quito lo superfluo, lo que no cuenta, lo que no habla de mí sino de cosas que hago, de adornos y superficialidades. Voy a lo hondo de mí donde está Dios naciendo en forma de Niño indefenso. No hay nada que me proteja de las derrotas, nadie que me salve. Sólo Dios que viene a decirme que soy su hijo querido. Eso me consuela. Su hijo amado. Como lo es ese Niño que nace en la pobreza de un pesebre. Aceptar la realidad como es se convierte así en el paso irrenunciable para poder recorrer el camino de la santidad. No quiero poner excusas para no seguir a Jesús. Acojo al Niño en mis brazos en Navidad. Me agacho para entrar por esa puerta pequeña que conduce a la gruta en la que nació. Me postro como los pastores sin nada que ofrecer al Niño, sólo mis manos vacías, sólo mi pecado. Quiero quitar los impedimentos que he puesto en este camino que me conduce al Belén, al encuentro más íntimo con Dios. La humildad, la pobreza, el desprendimiento de todo lo que me sobra, la alegría de saber que Jesús nace para que mi vida tenga un sentido. Navidad es alegría, es comunión, es una felicidad que nadie me podrá quitar. Navidad es paz, es encuentro íntimo con el Dios de mi vida en mi realidad concreta. Me libro de las excusas que siempre me sirven para no avanzar, para dejar para mañana lo que ahora no puedo hacer, porque me faltan fuerzas. Sonrío. Dios viene a verme en mi carne mortal, con mis propios ojos. Viene a decirme que mi vida merece la pena si la entrego, si me doy, si me vacío, si busco lo esencial de mis pasos. Pienso en tantas cosas que me dan paz, alegría, y me hacen soñar. Lo importante, no lo superfluo. Lo real, no las fantasías que me sacan tantas veces del presente. Navidad es perdonar y perdonarme. Reconciliarme con el mundo que me rodea, con el Dios de mi historia, con los pasos dados y los que aún puedo dar. No tengo miedo de volver a empezar. Navidad es un sí a mi presente, a mi futuro con todas sus incertidumbres. Navidad es aquí y es ahora. En un lugar, es un momento concreto. Sucede en mi corazón, en mi familia, en mi mundo. Navidad

ocurre cuando acepto a ese Niño para que camine conmigo, en mi vida. Pienso en tantas personas que dejan pasar este momento. No se detienen a adorar, no se arrodillan ante el Niño Dios. Lo hago yo por ellos. Me pongo de rodillas, beso al Niño que es sólo un bebé. **Me dejo abrazar por Dios que quiere que saque lo mejor que hay en mi alma y confíe.**

Navidad son silencios, cantos, voces, abrazos, sonrisas. Navidad es serenidad, esperanza, viento que trae vida nueva, calma en el aire, agua fresca que renueva mi alma. Navidad es tormenta y es sol, es descanso y esfuerzo, es recuerdo y olvido. Navidad es reconocer que no hay paz en mi corazón y tener el deseo de no conformarme con seguir viviendo con violencia dentro de mí. Navidad es la oportunidad que me da Dios cada año para encontrarme conmigo mismo, con mi verdad. Navidad es perdón, reconciliación, abrazar al que me ha hecho daño, sonreír al que me ha dejado herido. Navidad es dar un paso al frente saliendo de mi comodidad, dejando la pereza a un lado, yendo a socorrer al herido, al que está solo, al que necesita paz. Es pensar en los que sufren, muy cerca de mí y dejar de mirarme tanto a mí mismo. Navidad es volver a ser niño con ojos grandes y un corazón inmenso. Es recuperar la inocencia perdida. Saborear las risas y los juegos. Disfrutar del presente lleno de árboles navideños, pesebres, nacimientos, cascanueces, luces de colores y cantos de siempre que vuelven a ser nuevos cada año, una nueva voz. Navidad es pan dulce, turrón, nueces, miel, descanso y paz. Navidad es la sonrisa de cualquiera por la calle, sólo porque es Navidad. Son las hojas caídas y dormidas en la calle y esas otras hojas nuevas que pronto brotarán. Son los sueños que tuve un día, ahora tal vez apagados, pronto volverán. Esos son los sueños que quiero que renazcan en medio de una noche llena de magia. Navidad es el silencio de un Dios que quiere nacer en mi alma, en palabras calladas, en gritos ahogados. Es esa voz que me levanta el ánimo y me hace creer que mi vida merece la pena. Navidad es la sonrisa de mi hermano que estaba lejos y ha vuelto, el abrazo de mis padres que caminan conmigo o ya han partido. Es el llanto del que ha perdido a un ser querido y levemente sonríe. Son las risas de los niños que están llenos de nervios, esperando regalos y a Dios. Son esos ojos de sorpresa que creen sin comprender, y viven con asombro lo extraordinario, me conmueve su ingenuidad al contemplar la vida. Navidad soy yo cada vez que vuelvo a levantarme para empezar el día lleno de energía, después de haber caído antes derrotado. Navidad es el deseo de llegar a las cumbres sin temer la tormenta ni el frío cuando llegue a lo alto. Navidad es el calor de un sol de invierno, que casi no calienta, pero llena todo de claridad. Es también la música que brota de mi alma. Un canto repetido que necesito guardar muy dentro de mí para no olvidarlo nunca. Navidad son los presentes que se suceden cada día. Es el mañana que amanece lleno de esperanza. Es ese pasado que perdono, con el que me reconcilio. Navidad es la ilusión de ver brotar la vida de un árbol seco a punto de morir. Es la fe del que vislumbra una tierra nueva más allá de un mar inmenso. Y descubre un santuario en medio del lodo y de las piedras rotas. Es la primavera escondida en el llanto de un niño que llora y ríe casi al mismo tiempo, con frío. Navidad es la fe que de nuevo quiere inundar la tierra venciendo los obstáculos y la frialdad del alma. Es el amor que hace que de la sequía surjan pozos ocultos que me devuelven la vida. Navidad es tu sonrisa cada mañana al salir el sol, tu abrazo que me sana cuando me siento herido, tu felicitación que me asombra por inesperada, tu sorpresa de niño al abrir los regalos, tu alegría cristalina al acariciar la vida. Navidad es un lo siento cuando te he hecho daño. Es un te quiero cuando más lo necesitas. Es un hasta pronto cuando me duele tanto estar lejos. Es un para siempre cuando las cosas son tan perecederas. Navidad es permanecer a tu lado cuando más te haga falta, es saber que estoy contigo aunque no lo sientas. Es Navidad un amor que no pasa nunca y siempre se queda, haciéndose más hondo cada día, más entrañable, más eterno. Navidad es recorrer los mismos caminos de siempre haciéndolos nuevos. Es notar una mano amiga en medio de una soledad hiriente. Es salvar los obstáculos para llegar más lejos. Navidad es un villancico cantado con voz suave y una pandereta repitiendo ritmos. Navidad son velas encendidas de muchos colores. Es el color rosa que me habla de la vida y ese color morado que siempre es esperanza. Navidad es dejarte ser para que florezcas. Es darte alas para que vueles. Sostener tus miedos, abrazar tus inseguridades, recordarte que los días serán más largos, cuando brote el calor de la tierra. Navidad es la luz del sol venciendo la noche. El brillo de nuevo día recortado en el horizonte. El olor a niño recién nacido. Navidad es ese regalo que he pensado para hacerte sonreír siempre de nuevo. Es mi vida entregada en papel de colores. Navidad es cantar noche de paz, venid pastores, hacia Belén va una burra, el camino que lleva a Belén, campana sobre campana, ande ande, arre borriquito, gloria in Excelsis Deo, la mula. Cantarlo todo a la vez

recordando mil momentos. Entre olores y colores que me son familiares. Mil abrazos, mil recuerdos. Recordando a los que ya no están. A los que un día tanto quisimos. Recordar las navidades de mi infancia, cuando era inocente, sólo un niño. Navidad es volver a creer en lo imposible y tratar de ser feliz por un instante. Y pedir la gracia, el milagro, de cambiar algo por dentro. De nacer de nuevo desde mis cimientos y creer que los sueños cuando se sueñan con fuerza pueden hacerse vida. Creo en tantos milagros que suceden en Navidad. **Y espero que el Dios de mi vida me abrace con fuerza para no olvidar el sentido de esta Navidad.**

María guardaba todo en su corazón y lo meditaba. Todo lo miraba a la luz de Dios. Ella quiere que yo viva esa actitud al comenzar este año. Quiere que medite sobre la vida, sobre lo que me sucede. A veces mi vida está llena de fogonazos, destellos, pero no hay una línea continua, no hay un relato. Yo quiero escribir mi vida, mi historia, profundizar en cada cosa que me sucede. María quiere que me detenga en las cosas pequeñas, en las que pasan desapercibidas para muchos. Los pastores fueron corriendo al portal y descubrieron en un niño recién nacido al Salvador. Algo que parecía imposible para cualquier mirada. Ellos creyeron, miraron más hondo. Yo necesito tener esa mirada sabia que sepa interpretar en las cosas que me pasan la voluntad de Dios. Necesito aprender a vivir viviendo. No quiero que me ocurra lo que alguno comenta al acabar el año: «*Todo ha ido demasiado rápido. No me he detenido a pensar*». Por eso la primera actitud fundamental para vivir el primer día del año es pensar en lo que he vivido el año anterior. Del pasado aprendo para el presente. De las experiencias vividas saco una ganancia para lo que ha de venir. No quiero dejar pasar nada ante mis ojos sin detenerme a pensar, a reflexionar sobre lo que me está pasando. ¿Qué quieres Dios de mí? ¿Qué camino me muestra para que lo siga? Quiero meditar sobre mi vida. ¿Dónde he visto a Dios vivo en mi historia? ¿En qué momentos, en qué personas? Dios no me habla en las cosas extraordinarias. Busca lo cotidiano, lo habitual en mi vida. Yo me olvido de muchas cosas. Me falta memoria para acordarme de todo lo vivido. Tengo demasiada memoria, eso sí, para recordar las ofensas recibidas. No olvido los rencores. Siento la rabia y no la olvido, no la dejo pasar. Necesito tener más memoria para acordarme del paso de Dios por mi vida. Quiero recordar los sucesos pequeños y los grandes. Pienso en esas personas que, como ángeles, han aparecido en mi camino y han señalado a Dios ante mis ojos. Son enviados del cielo. ¿Qué me quiere decir Dios en esas actitudes de mi hermano que me resultan incómodas y molestas? En las personas que me cuestan también me habla Él. Quiero meditar, reflexionar. Además Dios me regala otra actitud para este nuevo año. Quiere que sea dócil, que sepa obedecer su voluntad y someterme a sus deseos. Quiere que sea dócil para aceptar mi vida como es, sin más pretensiones. Dócil para entender lo que me pide en las cosas buenas y en las difíciles. Dócil para dejarme llevar por sus caminos sin oponer demasiada resistencia. Dócil para mirar con buena cara las contrariedades que me depare este año. Ocurrirán cosas inesperadas. Habrá sorpresas. Necesito un corazón flexible y dócil que se amolde a la realidad sin pretender negarla. Necesito más introspección para ver lo que me dice Dios. Si no hay profundidad no hay reflexión. Mirar más hondo. Buscar en lo más escondido de mi alma. Dejar a un lado esas pantallas que me despistan y me llevan a vivir en la superficie de las cosas. Al comenzar este año me pide otra actitud el Señor, la valentía. Si hago todo como siempre obtendré los resultados de siempre. Quiero ser más valiente. Además de los propósitos típicos necesito preguntarme lo que necesito mejorar en mi vida, en mi corazón. ¿En qué cosas tengo que ser más valiente para iniciar cambios? Valiente para pedir perdón, para acercarme al que está en guerra conmigo, para decir lo que pienso o lo que siento sin importarme lo que los demás piensen de mí. Quiero ser más valiente para emprender nuevos caminos que me despiertan algo de temor y dudas. Valiente para adoptar nuevas actitudes para vivir la vida. ¿Cómo quiero vivir este año que está en blanco ante mí? ¿Con qué actitud? Necesito el valor del niño que no tiene miedo porque está protegido por la bendición y la mirada de Dios. María lo cobija en su manto y deja de temblar. Quiero sentirme protegido, seguro en casa. María me lo repite hoy al oído para que no lo olvide: «*No tengas miedo. Arriésgate. Deja a un lado tus temores. Estoy siempre contigo. Vence tus inseguridades. No tengas miedo al rechazo o a la crítica. Escucha lo que llevas en tu corazón*». No quiero arrepentirme al final del camino de lo que no hice, de lo que no dije, de lo que no di. Me pongo en camino con un corazón valiente. Vendrán luchas y dificultades, no las esquivo, las enfrento tranquilo. Al mismo tiempo anhelo vivir en paz. Siento que vivo en un mundo en guerra. Lejos de mí en otros países, lejos en otras familias pero también en mi propia familia, en mi propia alma. Por eso le pido al Señor que me dé la paz del corazón para pacificar a otros. Quiero ser instrumento de la paz. Abundan

más los que crean división y odio, guerras y separaciones. Quiero que en mi corazón haya más paz que guerras, más amor que odio. Quiero que mi alma sea pacífica. No quiero que la violencia, la ira, el rencor se hagan fuertes en mi interior. Le pido a Dios la gracia de tener el corazón lleno de paz. Necesito un corazón nuevo al comenzar el año para poder vencer las guerras. Un corazón paciente, alegre, sencillo, humilde y lleno de esperanza. **Un corazón que pacifique el mundo a su paso.**

Navidad es un abrazo que me sostiene. Cuando pienso que son mis méritos los que me salvan. O mis logros, o mis conquistas, o mis esfuerzos. En esos momentos en los que me siento capaz de ganarme el cielo. Cuando toco el éxito con mis manos y todo lo que toco se convierte en oro. Cuando las cosas me resultan y acaricio las cimas más altas sin apenas esfuerzo. En esos momentos de gloria miro a Dios emocionado pensando que ahora sí estará contento conmigo. Pienso en mi interior: Sabrá que valgo, que mi vida merece la pena, que todo lo que he realizado ha sido un mérito maravilloso. En esos momentos es cuando más débil soy en realidad. Mis méritos no despiertan el amor de Dios como tantas veces pienso. El cielo no se gana, ni la felicidad eterna. Por mucho que me esfuerce en lograr cimas altas, Jesús me mira y se sonríe conmovido. Ve mis luchas y le duelen a veces mi vanidad y mi orgullo al sentirme útil, capaz, valioso para Dios. Como si fuera esa utilidad la que Dios espera de mí. Como si mis logros fueran los que despiertan su amor. Es cierto que Él sabe que lo hago todo por agradarle. Hago el bien, amo, sirvo, me entrego. Y todo eso es valioso. Pero todo eso no abre la puerta de su corazón. Es en vano. A Jesús le gusto tal y como soy. No como yo creo que debería ser si me esforzara un poco. Él me ha creado. Hay una verdad escondida en mi corazón que le emociona porque Él la sembró allí. Sabe cómo es mi belleza y este día de Navidad me mira y sonríe maravillado. Soy precioso a sus ojos. Soy la mejor persona del mundo. Soy un milagro hecho carne. Se asombra al verme. Yo no soy así, no suelo ver la verdad de las personas, no me apasiono al ver a mi hermano, me fijo en su defecto, en su falta, en su oscuridad. Y lo mismo me pasa al mirarme a mí mismo. Veo la miseria que me habita. Dios no es como yo y Él no se emociona al ver mis méritos y sacrificios. Se alegra sí, porque sabe que soy feliz haciendo el bien. Pero eso no es lo único que ama en mí. Él lo ve todo y, al ver como soy en mi totalidad, sonríe. Mira mi debilidad y esos talentos que Él mismo ha sembrado en mi alma y me ama. Por eso en Navidad no quiere que le entregue mis victorias. No quiere que le relate con todo tipo de detalles todas mis batallas ganadas. No desea que le ofrezca como don el oro de mis talentos que brilla ante el mundo. No desea que haga un recuento de todo lo que he logrado por amor en el último tiempo. Mira, Jesús, le digo tan a menudo. ¿No te parece fantástico lo bien que hago las cosas? ¿No te gusta cómo amo a mis hermanos, como me entrego sin medida, como sirvo a todos desgastándome? Estoy lleno de orgullo y vanidad. Jesús me mira sonriendo y me dice: «*No, no quiero tus méritos. Yo te he dado esos talentos de los que presumes, ya sé que los tienes y son maravillosos. Ayudan a mucha gente, no lo dudes. Estoy yo en ellos y yo los hago fecundos. Pero en realidad, lo que quiero es que hoy mismo, en esta Navidad, me regales tu debilidad, me entregues tu pecado, aquello de lo que más te avergüenzas*». Y yo me escandalizo ante la sola mención de mis caídas. «*¿Mi pecado?*». Le pregunto sorprendido. Es absurdo. Él sabe muy bien que yo aborrezco mi pecado. Escondo mis debilidades, mis inconsistencias, mis miserias, mis fragilidades. Me cubro con una coraza detrás de una máscara tratando de parecer más bello ante los hombres. Me maquillo el alma para simular que soy más santo, más limpio, más puro, más bello, más bueno. Escondo lo que no me gusta de mí para que nadie lo vea y pueda tratarme de acuerdo con mi verdad. ¿Para qué querrá este Niño mi pecado? ¿De qué le sirve lo que a mí me entristece y llena el alma de pesadumbre? No tiene sentido. Entonces Jesús me dice: «*Sólo si me entregas tu pecado, tu fragilidad, tu oscuridad podrás ser libre. Sólo si me das lo que menos te gusta de ti podrás experimentar mi misericordia*». Porque Navidad es eso en realidad. Es un baño de misericordia, una lluvia de amor caída del cielo, un viento de luz que todo lo ilumina. Dios quiere que le entregue lo que más me pesa. Y en ese momento, cuando menos lo merezco, me abraza con misericordia. A veces creo que soy yo el que abraza al Niño indefenso al tomarlo en mis manos. Que soy yo el que lo salva, el que hace las cosas como un soldado a su servicio. Y el Niño Dios me recuerda hoy que no. Que es su misericordia la que me levanta. Es su amor el que me salva, es su luz la que ilumina mis oscuridades. El Niño Dios me toma entre sus brazos pequeños, en sus manos aparentemente frágiles y me consuela, me construye por dentro, me salva desde mis derrotas. Es mi miseria asumida y ofrecida la que me salva y despierta su misericordia infinita. Soy redimido cuando asumo mi vida como es y la acepto ante los ojos de Dios con todo lo que tiene, lo bueno y lo malo. Ante mi pecado reconocido Dios sólo puede abrazarme con infinita ternura. Eso es

Navidad. Es una experiencia de desaliento, de abandono, de pérdida, de derrota. Y en esa oscuridad en la que tantas veces vivo, fruto de mis esclavitudes, viene Jesús a vencer en mí y llenarme de vida. **Sus brazos me levantan desde el barro y me dice que va a cambiarme la vida y la va a llenar de esperanza. Esto es Navidad.**

El año siempre comienza con la sorpresa de los niños. Con el don de mirar la vida con un corazón nuevo. Hoy escucho: «*Levántate y resplandece, Jerusalén, porque ha llegado tu luz y la gloria del Señor alborea sobre ti. Mira: las tinieblas cubren la tierra y espesa niebla envuelve a los pueblos; pero sobre ti resplandece el Señor y en ti se manifiesta su gloria. Caminarán los pueblos a tu luz y los reyes, al resplandor de tu aurora. Levanta los ojos y mira alrededor. Vendrán todos los de Sabá trayendo incienso y oro y proclamando las alabanzas del Señor*». Brota una luz nueva al comenzar este año bajo el manto de María, bajo su protección. Ella me cubre con su paz. y me hace pensar que la puerta que se abre este año me va a llenar de esperanza. Miro antes de entrar hacia mi pasado. Este año que se acaba. Un año de regalos y dolores, de alegrías y tristezas. Todo brilla en el corazón de Dios, en el de María. Quisiera ser más misericordioso con mi propia vida. Hay más luz, hay más esperanza. No hay tantas noches como a veces pienso. ¿Qué regalos me ha hecho Dios en este año? Recuerdo los días pasados. Comienzo por el principio buscando la luz, más que las sombras. Quedándome en la vida, más que en la muerte. Recontando las alegrías más que los quebrantos. Dios me ama como soy y se ha mostrado en mi camino de muchas maneras. Ya está escrito este año que acaba. Ya no puedo cambiar nada de lo ocurrido. Puedo hacer sólo algunas cosas, eso sí. Puedo en primer lugar agradecer. Dar gracias por lo vivido. Dios me ha regalado muchos momentos de luz, de paz, de esperanza. No me detengo en la oscuridad, busco la luz, busco la alegría. Pienso en tantos momentos en los que me he sentido amado, aceptado, querido como soy. Tengo una vida preciosa a los ojos de Dios. Ha sembrado semillas de luz en mi corazón. El que no agradece se envenena. No quiero vivir amargado pensando en lo que no está en orden, en lo que no es pleno, ni logrado. María me mira emocionada. Me ama con toda su pureza. Quiere que confíe, que no tema. Quiere que sueñe con lo imposible. Todo es posible en sus manos, eso lo sé. Me pongo en camino, me arrodillo ante su imagen. Hay regalos por los que doy gracias. Hay otras experiencias difíciles que me han enseñado mucho, me han permitido madurar, me han hecho más libre, más de Dios. Pienso en los momentos de frustración vividos cuando nada ha salido como yo deseaba. O en las derrotas cuando no ha resultado nada bien. En las pérdidas, en mis caídas que han dejado herido mi orgullo. Por todos esos momentos también agradezco. Comenta el Papa Francisco: «*Sólo cuando somos conscientes del bien que el Señor ha hecho por nosotros somos también capaces de dar un nombre al mal que hemos vivido o sufrido. Ser conscientes de nuestra pobreza sin serlo también del amor de Dios, nos aplastaría. En este sentido, la actitud interior a la que habríamos de dar más importancia es la gratitud*». Dios sabe mejor que yo lo que me conviene. Él conoce mi camino mejor que yo. Y con esa gratitud abro la puerta de este nuevo año. Una bendición me acompaña: «*El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz*». Así quiero comenzar el nuevo año. Días y meses en blanco ante mí. Sobre ellos puedo escribir con alegría. Dios me guía como a un niño. Le pido que me bendiga, que me ilumine, que me conceda la paz. Es todo lo que necesito para recorrer un nuevo año. Necesito un corazón de niño capaz de sorprenderse ante la vida. Quiero aprender a adorar, a arrodillarme ante lo milagroso con humildad. Dios lo puede todo: «*Que te adoren, Señor, todos los pueblos. Florecerá en sus días la justicia y reinará la paz. De mar a mar se extenderá su reino y de un extremo al otro de la tierra. Ante Él se postrarán todos los reyes y todas las naciones. Al débil librará del poderoso y ayudará al que se encuentra sin amparo; se apiadará del desvalido y pobre y salvará la vida al desdichado*». El que adora se siente pequeño, limitado, impotente. Me arrodillo ante el Niño recién nacido, ante el Niño Dios con la mirada de los pobres que no tienen ningún derecho. Adoran los que buscan la verdad, los que se conmueven al ver su propia pequeñez, los que esperan un mundo nuevo lleno de luz. Así lo hicieron los Magos a los que celebramos y recordamos: «*Jesús nació en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes. Unos magos de oriente llegaron entonces a Jerusalén y preguntaron: - ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos surgir su estrella y hemos venido a adorarlo*». La verdad se manifiesta en las sombras de una gruta y allí llegan unos magos desde Oriente. A veces siento que pierdo la capacidad de asombrarme. Todo me parece normal. Me creo con derecho a demasiadas cosas. Por eso no agradezco, porque espero más. El regalo no es suficiente, o no es de mi gusto, o de mi talla. Y me quejo en mi interior porque tengo menos que

otros. No me alegro con la vida que me ha dado Dios. Espero más, deseo más, exijo más. Y el tiempo se me pasa en quejas sin sentido. No agradezco, no me postro para adorar y dar gracias, no soy tan niño como quisiera ser para asombrarme ante lo nuevo, ante lo imprevisible, ante la vida que sucede ante mis ojos. Me gustaría tener un corazón de pastor, de Mago de Oriente, de niño. **Para buscar lo imposible y creer que todo puede ser posible, si Dios lo hace posible en mi corazón.**

Los Magos llegan a Belén con sus regalos. Pero Herodes parece querer aprovecharse de su inocencia: *«Al enterarse de esto, el rey Herodes se sobresaltó y toda Jerusalén con él. Convocó entonces a los sumos sacerdotes y a los escribas del pueblo y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le contestaron: - En Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres en manera alguna la menor entre las ciudades ilustres de Judá, pues de ti saldrá un jefe, que será el pastor de mi pueblo, Israel. Entonces Herodes llamó en secreto a los magos, para que le precisaran el tiempo en que se les había aparecido la estrella y los mandó a Belén, diciéndoles: - Vayan a averiguar cuidadosamente qué hay de ese niño y, cuando lo encuentren, avísenme para que yo también vaya a adorarlo».* Herodes parece querer el bien pero no es eso lo que busca. Por eso al final los magos seguirán un nuevo camino para llegar a casa. El encuentro con el Niño cambia sus vidas. Y necesitan además evitar a Herodes: *«Advertidos durante el sueño de que no volvieran a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino».* Empezar un nuevo camino llena el corazón de alegría. No repetir las cosas de siempre. Emprender rutas nuevas antes desconocidas. Cada año nuevo tiene mucho de sorpresa y asombro. Quiero hacer las cosas diferentes. Este año que comienza puede traerme mucha esperanza, mucha alegría. El corazón está en paz, confiado. Pienso en los tres regalos que traen los magos: *«Después de oír al rey, los magos se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto surgir, comenzó a guiarlos, hasta que se detuvo encima de donde estaba el niño. Al ver de nuevo la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa y vieron al niño con María, su madre, y postrándose, lo adoraron. Después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra».* Siguen una estrella, una señal, una marca en el camino que les indica si van por buen camino. Me gusta la mirada de los magos porque son buscadores. No se cansan de buscar. No dejan de perseguir nuevos caminos. Me gusta su mirada llena de asombro y alegría. Pienso en todo lo que yo puedo hacer si me dejo conducir por Dios. En todo lo que mi mirada puede descubrir en mi camino. ¿Cuáles son las estrellas que marcan el rumbo y me hacen elegir las sendas que me dan la vida? Pienso en esas personas que son estrellas en mi vida. Tienen luz, dan esperanza, comparten conmigo su alegría. Me muestran lo que me hace feliz. Me hacen optar por lo bueno y dejar a un lado mi debilidad y mi pecado. Me gusta la mirada de los que descubren la luz oculta en las sombras y lo bueno en medio de maldades. Los magos siguen la estrella y ellos mismos, con su actitud, son estrella para mí. Su forma de buscar, de seguir caminos imposibles. Ellos dejan su comodidad y se ponen en camino. Me gusta su mirada, su forma de ver la vida. Yo tengo que dejar mi comodidad, mi tierra, para ponerme en camino hacia Jesús. Busco el lugar en el que se manifiesta su misericordia. Es Epifanía y yo estoy llamado a señalar con mi vida dónde nace Jesús, dónde se esconden el bien, el amor y la esperanza en un mundo donde parece abundar más el mal. Los magos traen tesoros de su tierra, no vienen con las manos vacías. Traen oro, incienso y mirra. Muchos paralelismos se han creado a partir de estos regalos. El oro que tiene que ver con la verdad, con lo más valioso, con la realeza de Jesús. El incienso que me habla de un niño que es Dios al que tienen que ascender todas mis súplicas y deseos. Como incienso asciende a lo alto mi oración. Es señal de mi adoración. Me postro y adoro. La mirra tiene que ver con la humanidad de Jesús. Con el dolor que sufrirá y también con su vida que será bálsamo para los heridos, para los que sufren, para los enfermos. Son los tres regalos que me hablan de quién es Jesús y de todo lo que va a hacer con su vida. Pienso que la vida consiste en recibir y en hacer regalos. El que no se alegra con lo que recibe no tiene un corazón de niño. Yo quiero disfrutar de los regalos que no merezco. Nadie me los da porque me los deba. Y así aprendo a regalar en mi vida. Dar a los que necesitan sin esperar nada a cambio. Dar sin buscar retener o recibir algo a cambio. Es toda una experiencia. Los magos se vacían para darle al Niño lo más valioso. Su corazón, sus vidas. Se pondrán al servicio de ese Niño. José y María seguirán con Jesús su camino en esa huida sin sentido a Egipto para que no lo maten. Esos magos ni siquiera pueden proteger a Jesús. Sólo le entregan sus regalos y se van. María guarda todo en su corazón sin comprender. Quisiera tener el don de regalar siempre lo que el otro necesita. Acertar con mis regalos. Pensar en lo que le hará feliz. Ese misterio es el que quiero aprender a vivir. Regalar y aceptar los regalos. La gratuidad me hace bien en el alma. Me vuelve menesteroso, pobre, humilde. **En mi pobreza sólo puedo aceptar las cosas con alegría**.